

T O D A V I A

*"...Y la Luz resplandeció entre las tinieblas.
Y las tinieblas no la comprendieron."*

Evangelio de San Juan.

Todavía hay estrellas en el mundo.
¿Lloras, hermano?... Lloras en la noche.
Cierto, la Noche es negra. Negra y vasta.
Sola es la noche, y todo el mundo es solo.
Sola en la Soledad, la dulce estrella.
Mas la nocturna soledad no alcanza
a ahogar la estrella; porque es ella Estrella,
y es la estrella en la noche, un universo.

Tú lloras, sí. Porque la Noche es lúgubre,
y larga, y honda, y pavorosa y triste.
¿Quién pone en duda que la noche es noche,
y quién ignora que es el Mar, el mar?...

Pocas, en cambio, las estrellas. Pocas,
una tal vez en el abismo inmenso.
Que cada estrella es única en sí misma,
y por sí misma brilla, porque es luz:
La Luz. Algo distinto de la sombra;
no en cantidad, ni en calidad tampoco,
sino en esencia, en Vida; en que es, la Luz,
conciencia clara de la sombra ignota.

No, nadie ignora que el Mar es el mar;
mas quién no sabe que la luz es Luz?...

Lóbrega Noche, omnipresente Noche:
con todo tu poder, nunca has podido
borrar la dulce lágrima de un astro;
sumergir un fulgor en la tiniebla;
hacer que lo que ha sido, no haya sido,
y que una luz deje de ser La Luz.

¡Todavía hay estrellas en el mundo!
Antes, ahora, siempre. Porque siempre
germinará en el vientre de la Sombra,
distinto siempre de la Sombra, el triste,
trémulo punto de una sola estrella.

Y hay corazones puros en la tierra.
Pocos, tal vez, y poco tiempo. Uno,
con uno solo bastaría, hermano.
Que no se cuenta el bien, sino que irradia
en el seno del mal, porque es El Bien:
fulge por sí, frente a la faz de Dios;
de Dios, que ignora lo que es sombra, y brilla;
de Dios, que ignora lo que es muerte, y vive,

Hay corazones puros en la tierra.
¿Cómo podrá negarlo el que algún día
ha vislumbrado, apenas un segundo,
—sólo un momento que se esfuma y pasa,
sólo un instante que jamás se olvida—
un reflejo de Dios en el amor:
fuego divino en un amor humano,
claror humano en un amor de hermano;
resplandor del Hermano en un amigo,
destello del Amigo en cualquier hombre?

Hay en la tierra corazones puros.
¿Cómo podrá negarlo el que ha llorado
alguna vez; y se ha lavado todo
de la malicia, del dolor, del miedo,
y de esta turbia y tenebrosa angustia
de preguntarse “para qué es todo esto?”
¿Cómo podrás negarlo, hermano mío,
si en toda tu existencia, un solo instante
al contemplar la luz de las estrellas
—trémulas hojas de la inmensa Parra,
trémulas como lágrimas de vida
en el mar de la muerte y de la sombra—,
pensaste: “Hay en el mundo las estrellas!
Todavía hay estrellas en el mundo
que nada esperan de la Noche. Nada
sino brillar en medio de la Noche,
para formar el Reino de la Luz”.
¿Cómo podrás negarlo, pobre hermano,
si has destilado, alguna vez tan sólo,
perfecta y pura, diáfana y sin mancha
en medio del dolor y de la muerte,
la vida estrella de una sola lágrima?
Si hay todavía estrellas en el hombre,
todavía hay estrellas en el mundo.

Allí están ellas, siempre. Dulces. Fieles.
Allí están, rutilando entre la sombra.
Esperando pacientes que una noche
un hombre triste, en el negror del mundo,
cubierto con el manto de los astros,
al explorar el pavoroso abismo
en el que flotan —islas— las estrellas,
comprenda al fin la hermosa luz que brota
desde una eternidad de eternidades,
perdida en el espacio y en el tiempo:
esa lucha sin fin de cada estrella,
el vivo esfuerzo de cada astro vivo
por ser vida en la muerte, y luz en sombra.

Y ese hombre triste, al levantar la testa
solo en la soledad, bajo la sola
y milenaria Noche sorda y muda,
abierto en cruz sobre la Cruz del Sur
bajo el INRI solemne del misterio,
ha de abrazar para su vida humana
el lumínico ejemplo de los astros.

Y al sentir en sus ojos una lágrima
candente y pura, limpia y dolorosa,
nuevo David, contra el Goliath inmenso
arrojará como una estrella errante
su mensaje de luz entre la sombra:
—Todavía hay estrellas en el mundo.
Nada son, es verdad, en el abismo.
Nada son, en verdad: mas son mis lágrimas.
¡Todavía hay estrellas en el mundo!—

...Y ojalá, hermano mío, pobre hermano,
tú para quien escribo estas palabras:
cuando ya nada exista de mis huesos
ni acaso de mi polvo o de mi nombre,
alguna noche, en soledad leyendo
—solo bajo la lumbre de una lámpara
que ni siquiera a imaginarme alcanzo—
estas tristes palabras que hoy escribo,
ciego bajo el Destino ciego y sordo:
ojalá pienses, pobre hermano mío,
ojalá sientas que no estás tan solo.

Porque hubo un hombre antes que tú —mañana,
ayer, dentro mil años o hace mil,
que es nada el tiempo dentro del Presente—,
un hombre que ha sufrido lo que sufres,
e hizo esos versos para ti, mi hermano;
hizo estos versos, que no son ya nada
y fueron todo para él, un día.

Y acaso, como él, en una lágrima
profunda y clara como un astro, pienses:
—¡Todavía hay estrellas en el mundo!—

Y las estrellas beberán tus lágrimas.
Y las estrellas pensarán lo mismo.

San Salvador,
1936.